

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

*De espejos
y espejismos*

ANGÉLICA ABELLEYRA



Presentación

Muchos hablan de la ciudad de Oaxaca como “la meca” de la cultura mexicana en la actualidad; otros dicen que es “la reserva espiritual” del país; otros la consideran un “páramo” artístico y algunos más la ven como el “paraíso” reencontrado en términos de pintura, gráfica y artes visuales.

Son verdades a medias o mentiras con matices de veracidad.

Por fortuna, en medio de los asertos, surgen gradaciones que los ratifican o rectifican para que nada se mantenga en la absoluta certeza.

Oaxaca siempre ha tenido un efecto de imantación. Su comida abundante y exquisita, sus cielos luminosos, sus calles de cantera junto con sus mercados, su artesanía múltiple y su gente amable han sido campos magnéticos que atrapan a propios y extraños. Ahora el arte plástico es otro gancho que cautiva. Lo ha hecho desde siempre, a través de los testimonios creativos en sus sitios prehispánicos, la fuerza de su música tradicional y sus danzas folclóricas. Pero desde hace unas dos décadas han sido las pinturas, los dibujos, los grabados y las esculturas (en menorsísimo grado) los protagonistas que seducen la mirada, prenden el gusto y atrapan el bolsillo de coleccionistas profesionales, turistas ocasionales y espectadores en galerías, talleres y tiendas diseminadas en la ciudad de la Verde Antequera.

Considerado como un caso singular en el país, el de la plástica oaxaqueña es analizado aquí por sus propios autores. Está la voz de los creadores nacidos en esta tierra y también la de aquellos extranjeros que, sin embargo, la han adoptado; luego se despliegan los avances y tropiezos en galerías, talleres de gráfica, escuelas, tiendas de arte y *tendejones* de arte y artesanía en este fenómeno que puede ir del *boom* al *crack*.

A partir de entrevistas con pintores, grabadores, dueñas de galerías (porque son mujeres la mayoría), impulsores de talleres, docentes, coordinadores de museos y críticos de arte, el volumen ofrece un boceto del amplísimo mapa que conforma este universo.

No es una tarea nueva: lo han hecho desde hace tiempo historiadores de arte, escritores, poetas y periodistas que desgranán la labor individual de los pintores en catálogos de exposiciones y en libros monográficos y colectivos en torno de un suceso cultural que traspasa fronteras. Lo han bordado con los hilos rigurosos de la academia y con el tejido de la crítica. Pero, lamentablemente, en esta “maquiladora de utopías” —como acertadamente la llamó el desaparecido Robert Valerio— se derrocha la madeja del lirismo y la complacencia.

El objetivo del libro es reunir en un solo volumen la versión que cada protagonista ofrece. Los temas van desde la explosión de la pintura oaxaqueña y el papel que este fenómeno desempeña en el contexto nacional e internacional de nuestros días; la labor que galerías privadas y gubernamentales realizan en la comercialización de obras de arte vueltas producto; la proliferación de estereotipos donde lo oaxaqueño es sinónimo de “hechizo”, “magia”, “estridencia”, “mito” y “zoología”, hasta la otra cara de

la moneda que representa la escasez de manifestaciones artísticas abstractas, multidisciplinarias, urbanas y diferentes de la figuración.

También incluye guiños del ojo crítico que por allá no abunda, aunque ya empiece a dar golpes de agudeza con ciertos analistas jóvenes (¡Robert Valerio, si supieras cuánta falta le haces a Oaxaca!), y finaliza con la autoevaluación de cada personaje en torno a este acontecimiento provocador de un abanico de opiniones y propuestas.

Cientos de pintores nacen pero sólo algunos permanecen. Las galerías van y vienen. La sombra de pintores "grandes", "medianos" y "pequeños" crece o se extingue, sean muertos o vivos, sea por medio de la traducción o la copia de la línea, el color, la textura o la iconografía que llevan las firmas de Rufino Tamayo, Rodolfo Nieto, Rodolfo Morales, Francisco Toledo o Sergio Hernández, por mencionar a los que más influencia ejercen sobre el resto.

Las entrevistas aquí reunidas fueron elaboradas a lo largo de dos años, entre abril de 1998 y el mismo mes de 2000. No está por demás circunscribir el trabajo presente en el rubro del periodismo y no en el del juicio analítico, que le corresponde a los críticos de arte, historiadores y profesionales del ramo. Tampoco lo está lamentar las ausencias, producto de la falta de tiempo y/o interés de los consultados en aparecer en un libro como el que nos ocupa.

Sólo resta agradecer la participación de todos los que acogieron con empeño, duda y hasta escepticismo lo que ahora es un platillo succulento por polémico, que ojalá sirva para posteriores degustaciones.

Las galerías que fueron

Olguín: a los oaxaqueños les valía gorro el arte

A mediados de los años setenta “no había ni público, ni ganas, ni dinero” para abrir una galería de arte en Oaxaca. Existía aquélla de la Escuela de Bellas Artes, donde Roberto Donís mostraba los cuadros de los jóvenes alumnos que después integraron el famoso Taller de Artes Plásticas Rufino Tamayo. Pero en aquellos tiempos no se veían ni las luces de un espacio particular donde se congregara arte contemporáneo.

De repente, un apasionado de la pintura, oficio que ejercitó por poco tiempo para dedicarse mejor a su venta, proyectó abrir un local en la ciudad de Oaxaca, montó obra de Rodolfo Nieto, Rufino Tamayo, Francisco Toledo y Edmundo Aquino y se aferró a la permanencia por dos años. No aguantó más la falta de visitantes y la ausencia de ventas. “Era una galería muy bonita pero nunca entró nadie. Se convirtió en mi más rotundo fracaso.”

Guillermo Olguín es el precursor galerista. De familia oaxaqueña, siempre ha tenido un peculiar gusto visual que lo llevó al cine documental y a la pintura —con un receso como modelo para anuncios de televisión. Al principio tomó para sí la tela y el pincel, pero luego se dedicó a vender obra de otros, especialmente de sus paisanos de Oaxaca.

“Nunca he vendido algo que no me guste, aunque me ofrezcan dinero”, puntualiza. Y ese gusto se ha centrado en Sergio Hernández, Francisco Toledo y Rufino Tamayo, más los otros “tres grandes”: Orozco, Rivera y Siqueiros. Claro, también es promotor de la obra de su hijo, el ya famoso Willy Olguín quien, con sus treinta y tantos, ocupa un lugar relevante en el escenario del arte contemporáneo regional y del resto del país.

—¿Por qué abriste una galería en Oaxaca sin tener un precedente?

—No había ni antecedente, ni público, ni ganas, ni dinero. Bueno, dinero sí había, y mucho, pero no para invertirlo en arte. Fue una cosa muy atrevida porque nunca gané dinero. Durante los dos años que tuve la galería, en la calle de Morelos, nunca entró nadie. Y con eso te quiero decir que no entró ni el director de la Casa de la Cultura, ni la directora del Museo Rufino Tamayo, que estaba al lado. Porque a pesar de que tenía dos óleos de su mero patrón, Tamayo, nunca entró. Además, abrí con obra de Toledo, Nieto y Edmundo Aquino (por un mensaje subliminal de Toledo). Fue un éxito porque vinieron amigos de México y Francia, y le vendí obra a puros extranjeros (por lo menos, extranjeros respecto de Oaxaca). Luego de la inauguración hice varias exposiciones de grabado de Toledo que iban a visitar los *enanos* de Roberto Donís, que empezaba con el Taller Tamayo, pero en realidad no acudía casi nadie. Ahí me di cuenta de que a la sociedad oaxaqueña le valía gorro el arte.

“Yo me había decidido por el arte porque no tenía trabajo, no sabía hacer otra cosa, y porque siempre me ha gustado. Mi idea era dar a conocer la obra de los oaxaqueños, pero aquí no ganaba un peso sino que salía a ganármelo afuera. Estuve dos años y ce-

rré por desencanto cuando la empleada me dijo que quienes entraban eran de Australia.

"Me fui a París. Allá vi a Toledo y le compré una obra a Sergio Hernández, que entonces tenía serios problemas económicos. Presentía el talento de Sergio, y me dio mucho gusto cuando le hicieron en 1987 una exposición en el Centro Cultural de México en París. De regreso en Oaxaca, me di cuenta de que habían abierto una galería: la Quetzalli, que estaba en El Llano. Visité el lugar, y tenían puras flores colgando, paisajitos y artesanías. Les dije: 'Aquí les dejo el catálogo de un pintor que ojalá se venga para acá'. Era Sergio Hernández. Creo que con él empezó el *boom* de la pintura oaxaqueña. No fue por Toledo, porque él no estaba aquí. Esta historia tiene como nueve años, y fue Sergio el que llevó todo a las nubes."

El galerístico, un suceso pobre

—*El fenómeno de las galerías en Oaxaca, ¿tiene bases o es ficticio?*

—Es real, pero pobre. Sin tratar de ser elitista, pensando en cierto orden y calidad de trabajo, creo que la Quetzalli tiene lo mejor. Luego está la Galería Arte de Oaxaca, donde la estrella es Rodolfo Morales, con gran capacidad de trabajo y de venta. Dudo que los demás vendan como él, aunque muchos le están tirando a eso de la Escuela Oaxaqueña de Pintura: algo trillado que busca la imitación de todos contra todos, competir y a ver quién se deja.

—*¿Ha perjudicado eso?*

—No a las personas que saben de arte. Pero hay mucha gente que ni siquiera sabe la diferencia de quién es quién y para dónde va. No tienen cultura y

les va a costar diez años aprender que eso no costará lingotes de oro en el futuro. Además, el pintor vive en un mundo ficticio. Partiendo de la primicia de que hay gustos para todos y de que en gustos se rompen géneros, podemos asumir que todo mundo la va a hacer. Yo encuentro gente en el Jardín del Arte que a veces tiene más talento que el que hay en las galerías, de plano. Muchas de ellas tienden a exponer pintura artesanal, muy decorativa.

—¿Pesa entonces más la parte folclórica?

—Todos viven de ello, ganan, y qué bueno. Pero hay que definir. No es posible que dos o tres pintores imiten a Toledo con una desfachatez terrible. No tienen mucha dignidad y no sé por qué la gente los compra. Tal vez creen que si lo imitan llegarán tan lejos como él. Y ser estrictos y puntualizar, eso no le corresponde a Toledo pero sí a las galerías.

—¿Hace falta rigor?

—Les falta ser más estrictos y tener más conocimientos. Y resulta difícil ser estricto con quien te da de comer. Lo que urge también en Oaxaca es la crítica de arte. Alguien que venga a dar de palos y ponga en su lugar a los oaxaqueños de una vez por todas; tanto a los pintores como a los galeristas. Aquí nada más llega todo mundo a aplaudir porque todos también son una bola de ignorantes, sean de Guadalajara o de Monterrey o del Distrito Federal. Vienen con una cosa cruzada en el cerebro, que creen que están entrando al mundo mágico del folclor y del color.

—¿Pondrías una galería ahora?

—Lo he pensado. Sería sano que hubiera una, y me siento con todo el derecho de hacerlo. Pero lo haría sin ahogarnos en la gente de Oaxaca sino para traer artistas de afuera, buscar otras opciones.

—¿Por qué la mayoría de los espacios no se abren a lo no oaxaqueño?

—Porque el que rige es el público que quiere ver “lo oaxaqueño”. A Tamayo, por ejemplo, lo han visto poco; igual a Toledo. Morales y su *boom* empezó apenas hace unos seis años. Sergio ya tiene su *boom*, y de ahí vienen Guillermo Olguín, Zárate, Alejandro Santiago (vive en París) y Filemón Santiago. Repito: cuando las galerías no saben cómo orientar a sus pintores, los perjudican. Te dicen: “Sigue haciendo cuadros con burros”. Y ya.

—En cuanto a compradores, ¿de dónde provienen?

—Muchos son de Monterrey; de Estados Unidos, pocos. Sergio Hernández y Morales atraen a mucha gente. Ahora hay algunos coleccionistas que no quieren perderse lo nuevo. A lo mejor tienen cuatro Toledos, dos Morales y un Nieto colgando en su casa, pero tal vez quieran autores nuevos, como un Olguín o un Andriacci. La clientela de las galerías en Oaxaca podría resumirse: 80 por ciento nacional y el resto internacional.

—¿Existe complacencia entre los pintores?

—En el caso de dos o tres pintores que conozco, antes no tenían ni un clavo, y dicen: ahora o nunca. Muchos ganan mucho dinero, pero debo decir que hay algunos que ya encontraron la fórmula y que si tienen el caballito y el niño saben que van a vender. Esto resulta peligroso porque se pueden caer.

Galería DC: los ocho y otros más...

En un espacio privilegiado, justo enfrente de ese prodigio de querubines que es el templo de Santo Domingo, en 1986 surgió una galería de arte que causó cierto asombro pero también algo de sospe-

cha: entre pintura figurativa destacaron cuadros abstractos.

La Galería DC, cuyas siglas corresponden al nombre y apellido de su impulsora, Delia Contreras, tuvo una vida de apenas tres años. Se abrió para dar cabida a una decena de artistas de la segunda generación del Taller Rufino Tamayo: Virgilio Santaella, Guillermo R. Brena, Misael Méndez, Rosalba Díaz, Artemio Gómez, Irma Nuño, Joaquín Figueroa, Luis Ríos y otros, como la propia Delia Contreras.

Además de aglutinarse por su cualidad de ex talleristas y una tendencia al arte no figurativo, los unificó la carencia de un espacio para mostrar su trabajo. “La gente conocida ya tenía un lugar pero los del Taller Tamayo no teníamos nada”, rememora Delia en su taller, de cara al célebre templo dominico.

“Eran años en que estábamos muy al pendiente del interés que estaba generando el arte oaxaqueño, y nuestro temor era no tener un lugar donde exponer. Abrimos el local y era algo muy diferente a lo que existía. Fue difícil porque mucha gente venía buscando la parte folclórica de lo figurativo oaxaqueño y se sorprendían al ver abstracto. Ese año abrió la Quetzalli, pero no tuvimos lugar. Los *papás* de la pintura nos vieron con curiosidad porque se preguntaban: ¿a dónde pensarán llegar sin apoyos? Es que osábamos contradecir las reglas del juego. Además de los compañeros ex talleristas, incluimos obra de Luis Nishizawa, Leonel Maciel y Gilberto Aceves Navarro, que expusieron con nosotros para apoyarnos.”

Tal vez un vacío que hoy asume la pintora es la inexistencia de catálogos en sus exposiciones. Pero matiza: “Tal vez fue un error porque ahora no hay constancia de nuestro trabajo. Sin embargo, en ese

entonces no los consideraba necesarios. Una foto te da apenas una idea de lo que es la obra pero no es real. De alguna manera sí cubre una forma de promoción, siempre y cuando tengan calidad las ediciones. Y a finales de los ochenta era una calidad bastante mediana". Refiere la ex galerista que no se maneja en ningún espacio oaxaqueño. En cambio, vende ella misma desde su taller, y en el Distrito Federal la manejan las galerías Lourdes Chumacero y Víctor Navarro.

De pintora a galerista, y viceversa

La pintora advierte que los porcentajes que pedía la DC fueron de 30 a 40 por ciento. "Claro que como yo estaba en los dos lados —como pintora y vendedora—, al final me resultó muy contradictorio y cada vez más difícil combinarlo. Además me daba pena vender lo mío, así que trabajé dos años con seudónimo. Hablaba de un muchacho imaginario que venía de un pueblo... Ya sabes, todo eso que le gusta oír a la gente. Y sí vendía, pero eran puras mentiras. Esto me causó serias culpas, pues cuando hablas de tu obra para no vender, eres honesto; pero cuando se trata de la vendimia, cambia todo el sentido."

—*¿Sentías una competencia con las dos galerías de entonces?*

—Sí, aunque desigual. Ellas tenían cierto aval de Toledo y Morales, y yo no tenía ninguno. Enfrentar una competencia directa era meterse con Sansón a las patadas.

—*¿El estereotipo de lo oaxaqueño lo fomenta el artista, lo busca el comprador, lo alimenta el galerista?*

—Todos un poco. Y es para responder a un mercado.

—*Siendo autocrítica, ¿qué le faltó a tu galería que no hiciste en el momento?*

—Meter a artistas de respaldo, quienes me ofrecieron obra y no lo manejé tanto: Aceves Navarro, Octavio Bajonero, Nishizawa. Cuando les hablaba de un cambio, les daba mucho gusto. A mí me agradó que la gente entrara y respirara distinto. De los otros artistas que viven en Oaxaca, no sé si fue indiferencia o qué, pero no busqué ningún apoyo.

—*¿De la parte oficial hubo respaldo, lo buscaste?*

—En realidad, en Oaxaca nunca ha habido una real coordinación ni apoyo. Aparentemente, en Oaxaca la cultura camina pareja; pero no, cada cual jala por su reverendo lado. Y las becas están mal repartidas. No hay apoyo gubernamental.

—*¿Fue lo económico lo que te obligó a cerrar?*

—No tanto. O trabajaba para los artistas o para lo mío. Opté por lo segundo.

El futuro será el taller del artista

—*Han pasado catorce años desde que abriste. Comparativamente, ¿cómo evalúas la anterior situación de las galerías y la actual?*

—Todos siguen apretaditos.

—*¿En qué sentido apretaditos?*

—Cerrados respecto a lo nuevo. Se mantiene una visión folclórica.

—*Afuera se ve a Oaxaca como una tierra generadora de pintores. ¿Es real?*

—Sí, es generadora de cosas, de pintores y muy buenos. Pero se crean vicios; las mismas galerías los fomentan. Algunos compañeros me decían que sus galerías les comentaban: "Pínteme esto" o "Tráigame lo otro, que se vendió mucho". Ellos caían

porque si no tienes libertad económica no alcanzas a tener una completa voluntad para decir no.

—*¿Qué retos entraña una galería? ¿Es sólo negocio?*

—La tarea de la galería es que el artista sea promovido. Y eso es difícil. El egoísmo hace que sólo se promueva a ciertos autores, además de que también el desconocimiento de los galeros perjudica. Es importante conocer el proceso de trabajo, tener la capacidad de decir y hablar sobre cada obra. Se tiene que trabajar con responsabilidad y respeto, y eso se hace sólo con conocimiento.

—*Como artista, ¿piensas que son necesarias las galerías?*

—Sí, son necesarias; aunque ahora se están abriendo las casas y los talleres como alternativa. Mientras, en los espacios culturales del gobierno no hay gente capaz ni sensible. Deberían profesionalizarse.

—*¿Quiénes son los compradores de arte oaxaqueño?*

—Ya no son sólo los turistas extranjeros pero tampoco los grandes coleccionistas. ¿Sabes qué pienso? Que desde que se le perdió el respeto a la pintura de Toledo, todos comenzaron a imitarlo. Pero Toledo es un inimitable que imitan. Creen que por llevarse con él pueden darse el lujo de tratar de parecerse a él. Para nuestra generación del Taller Tamayo fue fácil no caer en ese encantamiento. Pero entre los más jóvenes hoy existe un descontrol terrible. No se sabe a dónde van. Tal vez para ellos sea más cómodo hacer el estereotipo ya aceptado; ven libros, van a exposiciones pero no estudian. No hay nada de fondo.

—*¿Qué futuro le auguras al fenómeno mercantil en Oaxaca?*

—Mucha gente va a venir a buscar a los talleres de los artistas porque la obra cada vez está más cara en las galerías. Además, el futuro será que cada autor maneje su obra porque está en la capacidad

plena de establecer sus precios. Sólo el artista, quien creó la obra, sabe en cuánto puede vender. También continuará la tendencia del cambalache, del trueque.

Una corta vida: la Misrachi en Oaxaca

Pintores abstractos y figurativos contemporáneos marcaron la corta vida de la sede oaxaqueña de la Galería de Arte Misrachi, del Grupo Beraha. Un espacio enriquecido por su aire de multiplicidad que, sin embargo, funcionó apenas seis meses en la calle de García Vigil. Su apertura se fechó en julio de 1997.

Enrique Beraha, impulsor de la empresa, comenta que la idea de abrir una sucursal en Oaxaca tiene sus antecedentes en la larga relación que su galería ha establecido con el arte de la región. 1973 fue el año en que los pintores del entonces naciente Taller Rufino Tamayo, dirigido por Roberto Donís, encontraron sitio en la galería de la ciudad de México para mostrar su trabajo.

Era la treintena de artistas de origen campesino (en su mayoría) que el propio Tamayo alentaba: "Estoy seguro de que las primicias de estos jóvenes pintores de mi estado han de contar con la absoluta aceptación del público que gusta de la verdadera pintura, pues en las deliciosas pequeñas obras presentadas en esta primera exposición se encuentra sin duda palpitante el genio creador que por fortuna alienta permanentemente a mi pueblo", declaró el pintor en la *Gaceta* de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca (UABJO), del 30 de noviembre de 1973, fecha en que el taller referido dependía de la universidad.

Destacaban Ariel Mendoza, Filemón Santiago, Arnulfo Mendoza, Atanasio García Tapia, Maximino López Javier, Cecilio Sánchez y Alberto Vázquez, mismos que dos años más tarde volverían a la sucursal defeña para exhibir *7 Conejo*, en la calle de Génova de la Zona Rosa.

“Nuestros nexos con Oaxaca son amplios. Al primero que manejamos fue a Tamayo. Recuerdo que todo inició cuando asistí a la apertura del Taller de Artes Plásticas y a la inauguración del Museo de Arte Prehispánico con su nombre. En aquella época me dijo Rufino: ‘¡Pues a ver qué inventas para estos muchachos!’ Y continuamos impulsando su trabajo. Muchos de aquellos principiantes son ahora artistas famosos, y con ese antecedente hemos aprendido que debemos estar en la búsqueda de la nueva generación para ver quién funcionará en el futuro.”

Pintura franca

Amable, aunque evasivo al momento de establecer una opinión sobre el arte oaxaqueño actual, Enrique Beraha subraya: “Es una pintura franca que busca interpretar el entorno, el ambiente. Entre el conjunto hay cosas interesantes; persiste incluso un aire de cierta religiosidad en el sentido de que los oaxaqueños creen verdaderamente en sus imágenes. Creo que el mercado allá no es tan reciente y puede tener todavía futuro; para ello hace falta trabajo y, muy importante, que la gente encargada de estos locales sepa de lo que está hablando. Debe saber promover a sus artistas y no sólo vender. Cuando promueves, generas interés del público en los autores y provocas que, en lugar de un gasto, el coleccionista considere la compra de arte como una

inversión. Ése es uno de los secretos de nuestra profesión", comenta el promotor en su local defecho de Polanco y entre cuadros de Miguel Carrillo, Rafael Coronel, Nunik Sauret, José Luis Cuevas y Arturo Rivera.

Mercado hasta de temporadas

En tanto, cuando la Misrachi todavía mantenía sus puertas abiertas en Oaxaca, platicamos con la entonces encargada Sandra Mendoza.

Comentó que, a diferencia de los locales de la región, el que nos ocupa manejaba no sólo arte oaxaqueño (70 por ciento) sino también de otros artistas mexicanos de rango internacional: Cuevas, Coronel y Nierman; Nunik Sauret, Francisco Corzas y Javier Marín. Tal confluencia de estilos permitía un "enriquecimiento mutuo" y una adquisición regular de los compradores. Entre los oaxaqueños figuraron Juan Alcázar, Cecilio Sánchez, Jorge López, Justina Fuentes, Irma Guerrero, Emiliano Sánchez y Noel López, entre otros que ya manejaban desde el Distrito Federal.

En su opinión, el mercado de arte en Oaxaca "se divide hasta por temporadas. En verano es de turistas que entran a visitar la galería pero escasamente compran. Luego otras oleadas son de personas que compran arte en un nivel profesional, sin relación con temporadas vacacionales. Acuden profesionales de Monterrey, el Distrito Federal, Estados Unidos, Francia y Suiza".

Consideró el sitio como "un trampolín para los artistas jóvenes, no sólo oaxaqueños", dada la gran atracción que en el último lustro genera Oaxaca entre los extranjeros. Además, destacó que por esta

vía se realiza una promoción constante sobre México, “no sólo del realismo fantástico y el folclor sino de otros movimientos pictóricos más amplios dentro del arte contemporáneo mexicano”.

En torno de la competencia con sus colegas, dijo que es “de buen nivel”, ya que las dos principales galerías manejan artistas de trayectoria. La Quetzalli y la Arte de Oaxaca “tienen una presencia fundamental y representan una competencia saludable y necesaria pues provoca un enriquecimiento mutuo. También esto nos sirve como recordatorio de que aquí sí existe un mercado”.

La Misrachi no organizó en Oaxaca exposiciones individuales sino que ofreció obra de un abanico de artistas locales y nacionales. “Las muestras de un solo artista desempeñan otro papel. Aquí, el 80 por ciento de la gente viene a ver arte de muchos creadores, mientras en la ciudad de México tienes una población enorme, haces selección y presentas individuales a cada momento. En Oaxaca las exposiciones son fiestas de promoción colectiva”, concluyó Sandra Mendoza sobre esta efímera experiencia galerística.



Muchos hablan de la ciudad de Oaxaca como “la meca” de la cultura mexicana en la actualidad; otros dicen que es “la reserva espiritual” del país; otros la consideran un “páramo” artístico y algunos más la ven como el “paraíso” reencontrado en términos de las artes visuales. Son verdades a medias o mentiras con matices de veracidad. Por fortuna, en medio de los asertos, surgen gradaciones que los ratifican o rectifican para que nada se mantenga en la absoluta certeza.

Considerado como un caso singular en el país, el de la plástica oaxaqueña es analizado aquí por sus propios autores. *De espejos y espejismos* reúne entrevistas realizadas durante dos años (abril de 1998-abril de 2000) con pintores, grabadores, dueñas de galerías, impulsores de talleres, docentes, coordinadores de museos y críticos de arte que ofrecen un boceto del amplísimo mapa que conforma este universo.

Angélica Abelleira (ciudad de México, 1963) es periodista especializada en artes plásticas, área que abordó a lo largo de quince años en las páginas culturales del periódico *La Jornada* (1984-1999), del cual es fundadora. Estudió ciencias de la comunicación en la UAM-Xochimilco y se inició como reportera en el periódico *unomásuno* (1982-1984). Trabajadora independiente en la actualidad, colabora en *La Jornada Semanal* con la página “Mujeres insumisas” y en la revista *Equis, Cultura y Sociedad*. Vivió un año en Oaxaca con el fin de preparar este y otro libro sobre Francisco Toledo.